

sas cuestiones que al espíritu investigador ofrecen los inescrutables secretos del *Baccarat*, jamás disponen de tiempo ni voluntad para la lectura y otros entretenimientos de la misma hebra.

Hecha esta explicación, los errores que contenga mi obra, cárguense á la cuenta de mi ignorancia; sus defectos acháquense á mi escasez de luces; su incorrecto estilo, á la torpe mano que la escribió y su desaliño á que parte de ella fué destinada á un periódico y tuve que redactarla con plazos perentorios y circunscribiéndome al espacio determinado que hablan de ocupar sus capítulos; téngase todo esto entendido para que no se tilde al autor de haber abrigado torcidos fines, ni dañosos intentos.

Una parte de esta obra, como llevo dicho, se publicó hace tiempo, bajo pseudónimo, en las columnas del *Cómico*, formando una serie de artículos que fueron brillantemente ilustrados por los reputados artistas Alcalde y Olvera, bajo la dirección del Sr. Murguía editor del periódico. La aprobación que alcanzaron entonces, y el consejo de numerosísimos amigos que me han indicado la conveniencia de volver á dar á la estampa aquellos artículos, me mueve á reimprimirlos, agregando á los ya conocidos, el número de capítulos indispensables en la obra, para armonizar y completar el plan novelesco de los asuntos que trata.

Esto es cuanto tenía que decir (y ya es demasiado) respecto á "El Sr. Gobernador." No es un advenedizo, sino un antiguo conocido del público que le prodigó su benevolencia. No he dado á este libro el título de novela, porque sería innierecido, no conteniendo más de la deslucida relación de cosas enteramente vulgares, sin que las preceda muy maduro análisis, ni entrañen espíritu tendencioso.

Si el volumen que lanzo al mercado literario se vende, bueno; si los lectores lo reciben con el agrado que ambiciono, tanto mejor; que con salud se los remunere el cielo y *laus Deo*.

México, 1901.

M. H. San Juan.

CAPITULO I.

Bajo relieve del frontis.

POR las principales calles de la capital de México, discurría y se solazaba hace algunos años, un caballero de busto legítimamente indígena, estatura poco más que mediana, recio de carnes, apostura marcial, aire arrogante; ya maduro por los años, todavía verde por sus miradas á las mozas, afeitado como un clérigo, luciendo «la curva de la felicidad» y desbordando sobre el cuello de la camisa, amplio y carnudo colodrillo.

Vestía el tal un traje á la moda corriente, con levita de amplios faldones que nunca abandonó, lo mismo que el invariable sombrero de copa, y un bastoncillo ó caña grácil que hacía verdadero contraste con la corpulencia de su dueño.

Se le veía cotidianamente en el paseo, comía de vez en cuando en las fondas de más notoriedad, tomaba con hora fija el

ordinario "aperitivo", largaba algún pipero á las bellas transeútes, como sintiendo exacerbaciones de una codicia sensual ya agonizante, y hablaba con sus amigos, de antiguas batallas.

Tenía muchos conocidos, departía con parsimoniosa verba, y en los giros caprichosos de la conversación, ni llegaba á los extremos de la cólera, ni descendía, sino muy de tarde en tarde, á las intemperancias del lenguaje.

Era, por su porte, militar, por su cara, presbítero, por sus ademanes, un labrador corregido y aumentado, que, magüer ostentara atildadísimo traje y tuviera el aspecto de los hombres de pró, despedía de cerca y de lejos, un tufo peculiar que indiferentemente podía venir de troje, matorral ó establo.

¿Saben vdes. quién era este sujeto?.....

Nada menos que la personalidad política de que se hablará en los capítulos siguientes.



CAPITULO II.

Contiene el génesis y el éxodo del Sr. General D. Candelario Aceítuno, personaje conspícuo.

GRA Don Candelario el natural y bien sazonado fruto de una tierra que en otro tiempo fué teatro donde perpetró mil desafueros el demonio de la revolución. Los rasgos de la fisonomía de nuestro héroe, así como los de su carácter, denotaban muy claramente que la sangre de los aborígenes, mezclada en sus venas con otras que fué acarreado, como producto de aluvión el curso de varias generaciones, pedía á "gritos" la reivindicación de santos derechos, en nombre de muchas razas de oprimidos."

No importa averiguar dónde nació aquel hombre señalado por destinos providenciales para inauditas empresas; ni viene á cuento suponer de qué árbol genealógico arrancan las primeras ramas de su desconocido, pero, seguramente, ilustre entroncamiento.

Si ha dado pocos quehaceres á los inquisidores de abolengos el nombre gentilicio

de los Aceituno, subsanan ventajosamente su primitiva obscuridad, los novísimos esplendores de más recientes hazañas.

¡Ah! sí, . . . yo protesto con la mano puesta donde más cómodamente colocarse deba, que no hay que confundir los Aceitunos del General con otros cuyas "generales" aquí no constarán. Filigonio Aceituno, preso por abigeato en Tamazunchale; Plutarco, del mismo apellido, que ejerció de *comparsa* en una benemérita y ambulante compañía de zarzuela; Tomás, el que resultó bien muerto por una puñalada en el hipocondrio, (que lo dejó intestado y sin que nadie se presentase á reclamar su cadáver de la plancha del anfiteatro;) todos los dichos Aceitunos y otros, que no es preciso anotar, nada tienen que ver con el modesto ciudadano que cubre con sus laureles las páginas de esta verídica historia.

Cuando el buen Candelario era joven, quizás artesano, probablemente campesino, lo arrastró, como á muchos otros, el vendaval tremendo de los pronunciamientos y las revueltas políticas. Dicen que anduvo por distintos rumbos formando parte de una gavilla de hombres de pelo en pecho; cuentan que después apareció coronel, mandando unas partidas de caballería ligera, tan ligera, que por más dolores de cabeza que le ocasionaban á los gobiernos de entonces, jamás las tropas

regulares pudieron dar caza alguna vez á Don Candelario y su mesnada.

Aquí viene á perderse el rastro de nuestro protagonista, para resurgir con distinta aureola su bizarra figura en las guerras por la libertad y autonomía de la patria.

Si antes le colgaron al Sr. Aceituno milagros que de ninguna manera atestiguan su olor á santidad, como, por ejemplo, saqueo de ranchos, préstamos forzosos impuestos á las haciendas, y el haberse incautado de tal ó cual conducta con detrimento del comercio, debe asegurarse que ninguna de estas aventuradas especíes ha sido legalmente comprobada. Además ¿quién puede medir ni limitar el alcance de los dardos que arrojan la envidia, la maledicencia y la calumnia?

De todos modos y en cualquier supuesto en que nos coloquemos, de ninguno con más justificación que del general, pudiera decirse que:

"su atroz codicia, su inclemente saña
crimen fueron del tiempo y no de España."

Así pues, no hay que perderse en sospechosas conjeturas; la vida y postrimerías del General Aceituno pueden revelarnos el siniestro empeño á que obedecen las inculpaciones de sus enemigos. Lo vemos en calamitosos días poner su sangre y su espada en aras de la patria; lo vemos

durante su corta permanencia en cierta villa, conocer y amar con todas las potencias y sentidos á bella y agraciada joven, Doña Claudia, con la que contrajo vínculo sagrado é indisoluble.

Don Candelario fué siempre muy mexicano, y por ende, "muy hombre" y muy patriota. A buen tiempo dejó los partidos, restringiéndose al modo de vivir más acomodado á su carrera. Su placer único: la equitación; su vicio inveterado, que tenía tardías intermitencias: el juego de gallos. Borró anteriores máculas el trato y la cortesanía de las ciudades, y sistematizó su vida la severa disciplina del ejército á la que llegó á someterse con decidida voluntad.

Es cierto que en las milicias, algunos malquerientes lo tatuaron, *per sécula seculorum*, con un apodo repulsivo, "el apache;" pero también es público y notorio que en la sociedad fraternal "Hijos del Progreso" todos le llamaban "el hombre de corazón."

En el mundo masónico era conocido por "el hermano Epaminondas;" en la vida civil le saludaban generalmente con estas familiares palabras que envaneían su espíritu belicoso:—"Adiós, mi general."

Conste, pues, que debe importar un pepino á los que esta narración sigan, el origen y antecesores de su personaje principal. Amén de las razones antes apun-

tadas, bastaría para confirmarlo el hecho de que vivimos en una república democrática, representativa y popular, dónde la progenie del ciudadano en nada mengua, desvirtúa ó realza los méritos de sus actos.

No me atrevo á decir que cada uno se declare hijo de sus obras, porque erradamente se le daría tal carácter al que las hace ó ejecuta; pero sí deseo que vaya desterrándose la rancia preocupación de una mal llamada aristocracia en la que más se atiende á los elementos fisiológicos que á la generación de las prendas morales y en la que se supone también, falsamente, que los pergaminos pueden autorizar, sin desdoro, la licencia, la holgazanería y el despilfarro. Todo individuo puede ser el fundador de su propia nobleza, haciéndose el verdadero padre de sus virtudes.

Lo demás es golloría.



CAPITULO III

Con varias anotaciones pedagógicas que importa conocer para la exacta explicación de los sucesos que más tarde se verán.

UÓNDE adquirió nuestro héroe los principales rudimentos de la enseñanza elemental y algo de la secundaria?... ¿que despeje la incógnita el más desocupado de sus biógrafos!

Para acometer con denuedo la solución de tan peliagudo problema, se hace necesario establecer una distinción. Es un hecho que Don Candelario había guardado en la caja fuerte de su tesoro intelectual el pequeño ahorro de los conocimientos que constituyen lo que se llama "las primeras letras; "pero... ¿quién saldrá fiador de lo demás?

En un principio, la existencia infeliz del ser más abandonado por la fortuna; luego, la vida errabunda del hombre de armas; siempre de aquí para allá, eternamente alerta, sin cesar vigilando los movimientos del enemigo. Azorado por la eventualidad de las sorpresas, apremiado por la necesidad de las marchas; unas veces tras el matute, otras con el contraban-

do; hoy á campo raso, mañana en la caverna; en ocasiones humedecido por las lluvias, diariamente tostado por el sol y acosado por el hambre; antaño con la banda, ogaño con la guerrilla. ¿qué se puede aprender así?

Y sin embargo, no poco se aprovecha del conocimiento práctico de los hombres y las cosas. Topografía ramplona, pero utilísima para las acometidas de improviso y las retiradas engañosas; datos meteorológicos sometidos á los procedimientos de inducción rudimentaria, verificados á lomo de bestia y en virtud de los cuales se conoce y pronostica, por el aspecto del cielo, el tinte de los celajes y la cerrazón del nublado, toda clase de cambios atmosféricos que importan mucho á la comodidad del hombre trashumante.

¿Y qué me dicen vdes. de los recursos ingeniosos para resolver dificultades sobre el terreno, el ojo infalible para reconocer huellas y las reglas seguras para no equivocarse el "rastreo de la vereda?"...

¿Y quién niega lo provechoso que es conocer las virtudes de las plantas maravillosas, cuya infusión ó maceración, apacigua fiebres, calma dolores, cierra pústulas y reduce á su primitivo nivel el plano de las hinchazones? ¿Quién redarguye de superchería la ciencia inequívoca de curar todo linaje de padecimientos cabalunos? ¿Quién tilda de inmorales, dado el caso de que nieguen en las rancherías los

mantenimientos indispensables para la gente, el industrioso ardid de capturar una gallina sin que lance ¡desgraciada! comprometedor cacareo?.....

Pues en todos y cada uno de esos ramos del saber humano era doctor graduado el Sr. Aceituno y (cosa rara) casi nunca llegó á vanagloriarse de su vasta y peregrina sabiduría.

Los vaivenes de la fortuna lo condujeron más de una vez á *dirigir* la ruleta en varias ferias notables; fué también administrador de un mesón; anduvo con una partida de carros, ocupado en el tráfico y los fletes.

Siempre su espíritu emprendedor y activo halló el medio seguro de llenar cumplidamente las soluciones de continuidad que dejaban las sediciones y planes revolucionarios.

Si estaba perseguido . . . se lo tragaba la tierra y ya podían echarle un galgo.... Si era vencedor, se mostraba implacable con los traidores y piadoso y afable con los valientes.

Alguna vez usó de la fuerza y el rigor; repetidas ocasiones abusó de su clemencia y sentimientos generosos.

Su incorporación al ejército, después de prestar buenos servicios como voluntario, fué para D. Candelario Aceituno, principio laudable de un régimen ordenado en su conducta y fuente abundantísima de nuevas y provechosas enseñanzas.

El viejo repertorio de refranes y dichos del vulgo, fué acrecido por ideas de cuño legal, aunque desatinadamente expresadas.

Eso sí; el buen hablar fué toda la vida para Aceituno un enemigo contra el cual jamás logró una victoria; la Gramática era fortaleza inexpugnable de que no pudo apoderarse el valeroso adalid.

La copla favorita de su archivo lírico, que tarareaba en ratos de buen humor, demuestra en su sencilla expresión el porqué de todas sus deficiencias intelectuales:

La vida del *melitar*
es del cigarro la vida:
consumirse en fuego y *jumo*
hasta adejar la colilla.....



CAPITULO IV.

El autor se dirige al lector con motivo de un punto que no debe tocarse.

SAS tenemos, señor mío? No es nada lo del ojo. ¿Que yo deje una vez por todas de andar buscando opiniones y fabricando hipótesis, más ó menos arriesgadas, y que saque á lucir la hoja de servicios del esclarecido prohombre cuyos hechos ha de pregonar la fama vocinglera? ¡Nunca! ¡Imposible! ¡Primero vería yo desquiciarse el firmamento!

Claro ¡Perezcan los archivos, pero que se salve lo que debe flotar por siempre sobre las ondas de la indiferencia universal.....

No insista vd, señor; no apure mi paciencia. Yo no iré á revolver cartapacios en las secretarías de Estado para saber los detalles de la jornada de Barranca Honda, ni del encuentro de Palo Seco, ni de la derrota habida en el Cerro del Chirivicoque ¿Que ésto importa mucho y es muy pertinente al asunto que nos distrae? ¡Bueno.....! que lo sea! ¿y qué?

Sírvase vd, decirme, apreciable caballe-

ro ¿qué se saca de los expedientes oficiales? Polvo siempre... alguna vez polilla.

No, señor, hay hojas de servicios que deben respetarse como los libros sibilinos que custodiaban cuidadosamente los decenviros de la antigua Roma. Hay papeles vedados al profano que son de trascendentales consecuencias. ¿Me explico bien?

Y no es que á la 'hoja' de mi general le falten algunos grados sobre cero; ni que delate cosas que hiedan á deshonor ó menosprecio..... ¡Eso jamás!

Pero ¿para qué dar tarea estéril á los jefes de sección y andar revolviendo legajos?

Si todo lo que hay allí ya se sabe; si lo que cuentan de una causa instruida por abuso de autoridad, es quimera, es un proceso puramente *psíquico* que solo existió en el magín de los charlatanes.....

No, ni una palabra más. Fuí acérrimo partidario de Aceituno, y no permito se haga ademán, ni se profiera palabra que tienda á empañar su limpio nombre.

¿Sacar á público examen y juicio la hoja de servicios de mi general? ¡Primero el tormento! ¡Primero la horca!.....

Eso no ha de ser aun que me crucifiquen.

Yo le suplico á vd., lector amigo, lector hermano, lector piadoso; yo le ruego, con el mayor encarecimiento y hasta de

hijos ante la estatua de Cuauhtemoc, que me releve de tan enorme compromiso.

Es un asunto delicado, de suma gravedad... hasta de conciencia. Viene á tener la importancia de un secreto profesional, quizás de un secreto de Estado.

¿Cede vd. á mi ruego, Señor mío? Bien, mil gracias. No sabe vd. de cuánta pesadumbre me deja libre ¡Bendito sea el Señor Dios de los Ejércitos que nos permite doblar *esa hoja!*



CAPITULO V.

Aunque corto, es tan esencial que, si lo salta el que lea, perderá un eslabón de la cadena de los acontecimientos.

NO todo había de ser andar de seca en meca. Una comisión del departamento de Guerra llevó al General al Estado de..... donde fungió algún tiempo como jefe de las armas. Su gerarquía, trato campechano y espíritu demócrata le granjearon tal simpatía en la sociedad, que á poco trascurrir del tiempo, vivía allí como en la propia cuna de su infancia, si es que gozó de la expresada cuna.

Apadrinó bodas, encompadró con personas de viso, fué Venerable de la logia "Libertad," hizo que los soldados de un regimiento hermosearan cierto jardín abandonado por el activo y H. Cuerpo Municipal y, ya con esto, dió alas á su popularidad que fué extendiéndose cada día en órbita mayor.

Llegó Aceituno hasta ser el candidato para competir en la lucha electoral, con el Gobernador Constitucional del Estado, General Armadillo (único sobresaliente) quién, era fama, sabía remacharse en los

puestos públicos y había echado raíces profundas en el solio del mando.

El Sr. Aceituno se veía bien querido por la juventud lugareña y perfectamente aceptado por el bello sexo, al que propendía con inclinación congénita y en el que libraba, cuando podía, arriesgadas campañas, estimulado por la ausencia de su familia, que no se había movido de la metrópoli.

Pero más que con su adquirido influjo y el beneplácito social que coronaba sus actos, más que con todo eso, repito, confiaba Aceituno, para cimentar sus calladas intenciones, dirigidas á derrocar pacífica y diplomáticamente á su compañero Armadillo, en la amistad cordial y el reconocimiento engendrado por antiguos y fieles servicios, que le profesaba un hombre prepotente que encarnaba la voluntad nacional, y cuya poderosa influencia buscaban todos como palanca principal y elemento necesario para los grandes y los pequeños encumbramientos en la pendiente política.

Siempre cultivó Don Candelario aquella distinción afectuosa con que se le honraba "en las altas esferas" y el innegable favor de que gozaba cerca del prócer.

Y aunque, por lo que tocaba al Sr. Aceituno, (es natural, somos humanos) no dejara de haber alguna parte de interés egoísta, en contar con aquella fuerza abrumadora para servirse de ella en cual-

quier evento, también es verdad que era de los amigos más devotos que tenía el ciudadano prepotente quien, amén de otras admirables cualidades, se distinguía por la de saber subyugar con magnetismo irresistible y maravillosamente eficaz á sus servidores y adeptos, de suerte que, en cada uno de ellos, fuese lo que fuese, contaba con un partidario adicto, ciego, capaz de todo por su señor. Por eso, jamás caudillo alguno tuvo en el país séquito más numeroso y selecto.

Los sucesos pusieron de manifiesto más tarde, que Aceituno hizo muy bien y nunca se arrepintió de saber mantener, estrechar y robustecer tan preciosas relaciones con aquel alto y noble personaje.



CAPITULO VI.

Que es el único serio y no de los menos importantes de la obra, en el que se reproducirá interesante escena, desglosada de un drama estrenado en México.

ESCENA X.

El teatro representa un salón regiamen- te decorado. Puertas en el foro y á los lados. A la derecha y en primer término, un balcón por donde penetra mucha luz, dirigida adrede, hacia el sillón que ocupará uno de los personajes. Objetos de sorprendente lujo, rica tapicería imperial. Al centro, pequeña «tortuga» de mármol primorosamente trabajada. En la sala que da al fondo una mesa de alta labor administrativa, con varios papeles y algunos carterones á la manera de los que usan los señores ministros. Artístico candil con numerosas lamparitas de luz eléctrica. [Hora las 4 p. m.]

PERSONAJES.

UN HOMBRE PREPOTENTE.—EL SEÑOR GENERAL DON CANDELARIO ACEITUNO.—UN OFICIAL QUE NO HABLA.

(Al levantarse el telón, la escena está desierta. El General Aceituno, en traje de paisano, se presenta seguido de un

oficial que luego se retira. El otro personaje aparece por el fondo, revelando en su imponente presencia, mirada irresistible y noble porte, un hombre superior. El señor Aceituno, vacila, se siente apocado, confuso y no encuentra frases con qué formular un saludo á la par respetuoso y expresivo. El hombre prepotente, sin despojarse de su serenidad característica y con natural transición, pasa de su primer aspecto á tomar una actitud más familiar, siempre realzada por modales de exquisita decencia. Después del saludo cortés de D. Candelario, el otro personaje le indica que se tome asiento, señalándole discretamente el sillón bañado por los cárdenos fulgores de la luz vespertina. El prepotente ocupa otro sitio, cerca de su interlocutor, pero envuelto en una débil penumbra.)
(*Leve pausa.*)

EL PREPOTENTE.—Hacia tiempo que no tenía el gusto de ver á vd., y me complace hallarlo hoy más remozado que antes.

ACEITUNO—(*Cohibido.*) Sí señor . . . de la salud no me quejo. También cosa mala nunca muere,

EL PREPOTENTE.—(*Sonriendo.*) No es vd. cosa mala, ni tampoco se vive eternamente. Por fortuna los trabajos de la existencia tienen su límite. (*Con gravedad*) Lo que debemos hacer es llenar debidamente esta "comisión del servicio" que llamamos vida.

ACEITUNO.—(*Más dueño de sí.*) Es verdad mi.

EL PREPOTENTE.—De todos modos, yo celebro que los años lo respeten á vd., como en los días de lucha lo respetaron las balas del enemigo.

ACEITUNO.—(*Envanecido*) Mil gracias, señor, es favor que no merezco.

EL PREPOTENTE.—(*Como haciendo alusión á personas y lugares consabidos*) ¿Qué noticias me da vd. sobre las cosas y los amigos de la tierra. . . ?

ACEITUNO.—Nada notable fuera de la crisis hacendaria por que atraviesa el Estado.

EL PREPOTENTE.—(*Ligera contrariedad.*) Ciertamente. Ya me ocupo en ver cómo se remedia aquello y deseo mejorar la situación. Es lástima que no salgan las cosas á medida de nuestro deseo.

ACEITUNO.—Eso sucede á menudo.

EL PREPOTENTE.—Se acercan los días de las elecciones, y para componer eso y emprender lo que conviene, precisa, ante todo, relevar á nuestro

amigo el Gral. Armadillo. Hay otros puestos en que puede ser útil.

ACEITUNO.—Indudablemente. A pesar de todo, es hombre de méritos.

EL PREPOTENTE.—Yo lo he apreciado bien. . . . Y ¿qué personas, le parecen á vd. capaces de sustituir al general y que pudieran ser indicadas para la renovación de poderes?

ACEITUNO.—(*Después de cavilar*) Le diré á vd. señor, como inteligentes, sin duda que los hay; pero luego. . . .

EL PREPOTENTE.—Sí, sucede que luego, cuando menos se lo imagina uno, cae la mosca en la leche.

ACEITUNO.—Eso iba á decir, que después dan gato por liebre.

EL PREPOTENTE.—¿Qué juicio forma vd. para este caso del Lic. López?

ACEITUNO.—Es entendido; pero no le veo *cuervo*. Habría que hacerle mucha atmósfera. . . .

EL PREPOTENTE.—¿Y el abogado Cabrera?

ACEITUNO.—Ya nadie le hace caso; está como se dice vulgarmente, metido en baraja. Sería preferible el Licenciado Rábula.

EL PREPOTENTE.—¿Quién? ¿Aquél que escribió una obra muy voluminosa sobre Derecho Civil?

ACEITUNO.—El mismo. Es hombre lleno.

EL PREPOTENTE.—Tal vez; pero está fue-

ra de la nueva corriente de ideas.
(*Ligera pausa, los personajes continúan hablando en voz casi baja.*)

ACEITUNO.—(*Después de meditar por unos instantes.*) Lo cierto es que no se cuenta con quién. . . .

EL PREPOTENTE.—Veo que lo más adecuado es que vaya vd. mismo.

ACEITUNO.—(*Con mal reprimida emoción*) No merezco tan alta honra; pero si vd. se digna... si vd. lo quiere... nada tengo que decir sobre mi incondicional adhesión y deseo de ser útil. . . .

EL PREPOTENTE.—Sí, es lo que hay que hacer. Irá vd.

ACEITUNO.—Yo, señor, . . . la verdad, no sé cómo. . . .

EL PREPOTENTE.—Está resuelto. Vuelva vd. por aquí; en otra conferencia trataremos los puntos que es menester considerar en detalle y daré á vd. mis particulares recomendaciones. Por ahora le hablaré de lo más general y que estimo de preferente atención. (*Pausa*) Es preciso atender con verdadero empeño los distintos ramos de aquella administración. El Estado se halla falto de recursos fiscales; al apoyar la candidatura de vd., en lo cual me ocuparé desde luego, le recomiendo la mayor diligencia hasta que las rentas del erario se

nivelen con los egresos, dando lugar á que, desahogadamente, pueda emprender el gobierno las mejoras de apremiante necesidad y de interés positivo. Yo le ayudaré decididamente en cuanto mis facultades lo permitan. Trabaje vd., inicie lo que considere de público beneficio y estudie con prudencia las reformas que intente hacer, para que sean implantadas sin lastimar derechos ni provocar conflictos. El orden es la condición primera de los gobiernos sabios, y la paz, su base indestructible, siempre que esté fundada en el funcionamiento regular de las fuerzas vivas del Estado. Diríjalas vd. con acierto; fomenten su desarrollo y acrecentamiento progresivo, y aprovéchelas con prudente economía para sacar de ellas cuantos recursos demandan las necesidades del servicio público. (*Con aire de intimidación.*) Eso es lo que debemos perseguir y lo que consumaría yo quizás, si tuviera muchos auxiliares que adivinaran mi intención y siguieran mi deseo como obedece la espada á la mano que la maneja. Es deplorable que no suceda así. Sólo el Supremo Creador pudo hacer un hombre á su imagen y semejanza. . . . Yo no escatimo las indicaciones y con-